



Capítulo 1

¡Despierta!

En la mañana del día que cumplí mis treinta años, decidí, con determinación, no perder más tiempo. Me miré en el espejo pensando adónde se habrían ido mis veintinueve años anteriores. Mi cara y mi cuerpo habían empezado a mostrar las señales de la edad, pero... ¡eso no era todo! Mi mente ya no era tan aguda como antes y tampoco podía recordar, por mucho tiempo, un simple número telefónico sin escribirlo (¡ahora ni siquiera puedo recordar dónde dejé el papel!). Solía sentirme invencible. El tiempo pasó mucho más rápido de lo que jamás imaginé —¿y qué había logrado?

Ciertamente, estaba muy ocupada. Tenía tres niños pequeños, y mi esposo, había sobrevivido a su carrera de medicina y residencia; teníamos una acogedora casita y él había prosperado mucho en su práctica médica. Pero yo vivía afanada, haciendo muchas cosas a la vez. Si me lo hubieras preguntado, te habría hablado de todas las cosas que estaba haciendo, pero ni una palabra sobre quién quería llegar a ser. Una frase de la sabiduría popular describe mi estrategia como, *“Si no le apuntas a nada, siempre vas a dar en el blanco”*. Yo había visto el ardiente amor que mis padres y abuelos sentían por el Señor y había crecido dentro de ese círculo familiar de una gran pasión por Dios. Cuando de niña a veces me despertaba antes del amanecer, podía ver la tenue luz de la lámpara de kerosene saliendo por deba-



jo de la puerta de la habitación de mis padres, y escuchaba el murmullo de sus voces cuando oraban.

Amaba y admiraba profundamente a mis padres, y quería tener una relación con Dios como la de ellos. ¡Cómo anhelaba poderme sentar con ellos y hablarles, ahora como adulta, acerca de mis preguntas! Quería preguntarles cómo habían crecido en su amor y pasión por Dios. Pero la limitación del servicio telefónico en esa remota región del África, hacía casi imposible el comunicarnos.

Lo que yo buscaba era algo así como un pozo de sabiduría, para poder planear mi vida; quería rodearme con ejemplos de devoción a Dios que pudiera imitar. Creía que adorarlo era un conjunto de comportamientos, y que si yo tan sólo hacía lo que mis padres y otras buenas personas “de Dios” hacían, entonces también tendría esa profunda relación que anhelaba con Él.

Como no podía hablar con mis padres, opté por dedicar un par de años a estudiar y hablar con otros, especialmente con personas mayores, porque ya habrían pasado por la mayoría de las etapas de la vida. ¿Qué podían decirme acerca de lo que aprendieron? Por dos años, cada semana salía con mis niños en el carro para visitar hogares de ancianos, buscando obtener sabiduría en esa experiencia. Siempre hacía la misma pregunta: “Si miras tu vida desde este ángulo, y pudieras empezar de nuevo, ¿qué harías? ¿Qué cambiarías?”

Durante esos dos años también analicé mi propia vida; tenía un cuaderno en donde anotaba cronológicamente conclusiones, lecciones y vivencias. Hice un estudio sobre la manera como estaba usando mi tiempo, y sobre qué pensaba al respecto. Aunque le había entregado mi vida a Dios, seguía pensando que el tiempo que manejaba era *mío*. Pero la vida está llena de minutos que se pueden usar ya sea en un buen propósito, o despilfarrándolos. Lo que hiciera en ese momento con mi tiempo marcaría una gran diferencia con respecto a quién quería llegar a ser yo al final de mi vida.

Empecé a ver que el tiempo era un regalo de Dios. ¿Cuál sería la mejor manera de usar ese regalo?

A través de mi estudio llegué a identificar algunas áreas en las que estaba perdiendo el tiempo. Descubrí, por ejemplo, que la preparación de las comidas me quitaba muchas horas en la



semana. De ese tiempo de estudio salió el método de cocina que describo en el libro que titulé, *Cocinando una vez al mes*. Ahora, durante un día, yo cocino para todo el mes y así ahorro una cantidad de tiempo, que antes gastaba comprando y cocinando, y que ahora utilizo para hacer otras cosas que quiero.

¿Qué tienes en tu mano?

Durante esos días, el Salmo 90 jugó un papel muy importante en mis pensamientos. Moisés le estaba diciendo a la gente que el Señor había sido su morada por generaciones. El versículo que viene a mí diariamente en mis oraciones es: *Enséñanos a contar bien nuestros días, para que nuestro corazón adquiera sabiduría* (v. 12). De modo que le pedí a Dios, quien posee la perspectiva de toda eternidad, que me enseñara cómo vivir cada día, que me mostrara cómo usar el precioso regalo de cada día con un propósito satisfactorio. Mi corazón lloraba y clamaba: “Enséñame a contar mis días con rectitud, que yo conozca tu perspectiva de este día. No dejes que lo desperdicie en cosas insignificantes. Cuando estoy a tono con tu corazón, entonces estoy armonizado con tu sabiduría”.

El último versículo del Salmo 90 también capturó mi atención: *Confirma en nosotros la obra de nuestras manos*. Eso era lo que yo quería: que la inversión de mi vida pagara dividendos en la vida de aquellos que estaban a mi alrededor. Me di cuenta de que podía gastar mi vida preguntándome hacia dónde iba y hacia dónde quisiera ir, o podía hacer un esfuerzo consciente y vivirla con un propósito definido.

Aprendí mucho de Moisés, uno de mis personajes favoritos de la Biblia, quien ha sido un ejemplo para mí al ver cómo su conocimiento y entendimiento de Dios crecía a lo largo de su vida. Cuando Moisés tuvo su primer encuentro con Dios, registrado en Éxodo, Él le preguntó: *¿Qué tienes en la mano?* Moisés respondió: *Una vara* (Ex. 4:2). Fue una respuesta sencilla, pero cargada de significado. La vara fue una parte muy importante en la vida de Moisés. Probablemente no se trataba de algo muy elaborado, sino sólo de una rama pesada que él suavizó con el uso, pero que representaba su identidad. —Quién era, qué poseía. Dios le dijo que pusiera la vara en el suelo. Para él esto significaba soltar todo lo que era en las manos de Dios. Sólo entonces Él podría realmente usarlo.

A lo largo de mi vida, Dios me ha hecho la misma pregunta: "¿Qué tienes en tu mano, Mimi?". Mientras Dios obraba en mi corazón, pensé que necesitaba hacer un inventario de todo lo que era y de cómo estaba permitiendo que Dios me usara. Sabía que me estaba pidiendo que le entregara todas esas cosas en obediencia... Para reconocerlas como dádivas del eterno y soberano Dios.

Al final de ese período de dos años había clarificado mis metas: decidí convertirme en una mujer de adoración, oración, paz y sabiduría, y el contentamiento enmarcaba toda mi lista.

Ahora sabía cómo quería terminar mi vida, pero ¿por dónde debía empezar? En una página de mi cuaderno escribí mi lista de metas. En la parte superior de la página siguiente, dibujé una línea de tiempo horizontal. Treinta y dos años de edad eran el punto de partida, sobre el lado izquierdo. Me proyecté hacia adelante, hacia el final de mi vida, determinando quién quería ser cuando estuviera allí. Escribí ochenta años en el extremo derecho de la línea.

En la forma que iba estuve segura de que me iba a enloquecer.

32—————80

Con mi lista de metas frente a mí, empecé a planear cómo alcanzarlas. Si pretendía ser una mujer de adoración, debía empezar por adorar a Dios *hoy*. Aparté una mañana a la semana para adorarlo y orarle, compromiso que mantengo vigente hasta hoy. Pensé que esto iba a acelerar mi crecimiento espiritual, pero la primera mañana me di cuenta de que no sabía qué hacer. Mi mente divagaba en círculos. ¡Se supone que la adoración fluye! Algo estaba mal... y entonces comprendí que **irrealmente no conocía a Dios! ¿Cómo podía orarle y adorarlo si no lo conocía?** En mi conversación con Él, no podía ser más profunda de lo que era mi entendimiento acerca de Él. La mía era una conversación muy superficial. Sabía que las personas que realmente tenían una comunión íntima con Dios, oraban y le adoraban. Pero cuando quise seguir su ejemplo, Él me mostró cuán vacías son las oraciones y la adoración que no provienen de un corazón rendido a Él.



La santidad no puede imitarse

Creí, equivocadamente, que si hacía un plan y lo seguía de manera rigurosa tendría la clase de relación con Dios que siempre había deseado. Pero en mi plan no incluí lo más importante. Pensaba que la santidad se conseguía siguiendo una serie de conductas, y que si simplemente las imitaba, entonces cambiaría. Pero lo que veía en las personas piadosas, rendidas a Dios, era sólo el reflejo de un Dios Santo. **Eso era lo que perseguía como un fin en sí mismo —ser espiritual— pero sin pasar por el proceso de la santidad.**

Las Escrituras nos ordenan ser santos. Levítico 11:45 dice: *Yo soy el Señor, que los sacó de la tierra de Egipto, para ser su Dios. Sean, pues, santos, porque yo soy santo.* Como creyentes, si queremos agradar a Dios no tenemos otra opción que pedirle que nos convierta en santos.

Me pregunté, “¿Cómo puedo obedecer el mandato de Dios para ser santa? ¿Cómo puedo vivir para Dios en este mundo?” He podido ver los efectos de la santidad en varias personas de mi entorno, pero no tenía ni idea de lo que se requería para serlo personalmente. Podía imitar la bondad en mi comportamiento, pero la santidad no puede ser imitada, porque es el resultado de nuestra comunión personal con Dios.

Puedo desarrollar los mejores hábitos del mundo, pero sólo una relación con el Dios Santo puede hacerme santa. Tratar de ser santa sin conocer a Dios, sería como escribir cartas de amor sin tener un enamorado —o peor aún, escribir cartas de amor, y nunca recibir respuesta del otro lado. La verdadera adoración y oración sólo pueden fluir de un corazón sensible al carácter de Dios.

Cuanto más lo pensaba, más reconocía que mi relación con Dios tenía que ser la base de **todas** mis acciones y metas en la vida. ¿Cómo podía clamarle al único Dios verdadero, y no tener pasión por conocerlo tan bien como para ser transformada por Él? Si los que me rodeaban no podían ver su impacto en mi carácter, entonces yo les estaba enviando un sutil mensaje de que no creía realmente en Él. Deseaba que mis niños y todos vieran que lo más importante en mi vida —mi relación con Dios— hacía una diferencia en quién era y cómo vivía.



¿Había despilfarrado esos dos años haciendo todas mis listas y visitando ancianos? No, porque en ese tiempo Dios me mostró que la devoción no es algo que yo pueda poner en mi "lista de cosas por hacer". Si mi meta era conocer a Dios, entonces Él tendría el cuidado de convertirme en una mujer de adoración, oración, paz, sabiduría y contentamiento.

Yo escogí conocer a Dios como el fundamento de todo lo que soy. Mi proceso de aprendizaje para conocerlo se ha visto enriquecido por un largo y cuidadoso estudio de su carácter a través de sus nombres y atributos. Cuanto más me acerco a Dios, más me enamoro de Él y más transformada soy por Él. Como se dice popularmente, "Me voy pareciendo a la persona con la que estoy". Mis metas y propósitos de vida están siendo construidos sobre la base de conocerlo a Él. Nada puede invalidar o quitarme todo lo que he ganado. El recorrido ha sido dulce y enriquecedor.

FORMANDO HÁBITOS SANTOS

Mantengamos nuestro enfoque en Dios

Como he tenido la oportunidad de hablar con mujeres de todo el mundo, encontré a muchas que se sentían como yo me sentía antes... Como si sus vidas estuvieran ocupadas y hasta siendo productivas, pero sin un propósito real. Cuando conocemos a Dios como la base de todo lo que somos, **tenemos** propósitos en nuestra vida. Dios nos creó para conocerlo, y mientras esto no se haga realidad, nos sentiremos vacías y con una sensación de futilidad. Mientras lo conocemos, nos va llenando con Él mismo.

Cuando tú y yo nos centramos en el Señor, Él nos hace santas. Los hábitos santos son hábitos espirituales diarios que nos ayudarán a traspasar nuestras circunstancias y mantenernos enfocadas en Dios. Nuestra parte es convertir en hábito el deseo de conocerlo. Su parte es hacernos santas.

Por años pensé que era el hábito el que me volvía santa, pero nada podía estar más lejos de la verdad. Permíteme reiterarlo: **Nuestra parte es convertir en hábito el deseo de conocerlo. Su parte es hacernos santas.** La espiritualidad es el resultado del trabajo transformador del Espíritu Santo. El hábito es simplemente el medio que Dios utiliza para cambiarnos. Oswald



Chambers, en su libro *En Pos de Lo Supremo*, dice que “Lo único que mantiene una conciencia sensible a Dios, es el hábito continuo de estar abiertos a Él en nuestro interior”¹.

Los hábitos implican acciones diarias y personales

Nuestra oración no puede ser: “Hazme como Hudson Taylor, Jim Elliot o Amy Carmichael”. Tenemos que empezar de primera mano nuestro propio recorrido hacia el conocimiento de Dios. Aquellos que nos ayudan en nuestro andar con Él sólo pueden actuar como modelos, pero no con el significado de que gracias a ellos podremos conocerlo. Ellos son apenas ejemplos de lo que Dios puede hacer en una vida enfocada en Él. Podemos sentirnos impactadas ante el reflejo de Dios que vemos en algunos mentores, pero no debemos olvidar que ellos también han tenido que hacer su parte para que Él obre en su interior y los transforme a su imagen. Como yo, muchos cristianos piensan que simplemente basta con querer conocer a Dios —que el deseo en sí mismo asegura el resultado final. Sin embargo, no pensamos de igual manera en otras áreas de nuestra vida. Por ejemplo, ¿pensamos que el solo hecho de querer cocinar como Martha Stewart o de tocar el piano como Linda McKechnie nos capacitaría para hacerlo? Por supuesto que no. Tendríamos que reconocer la necesidad de esforzarnos mucho para alcanzar semejante logro. De la misma manera, tenemos que realizar acciones personales para permitirle a Dios obrar libremente en nuestras vidas.

Para que una acción se convierta en hábito, debe repetirse regularmente. Una acción personal se expresa a través de hábitos santos que nos ayudan a enfocarnos en quién es Dios de una manera práctica en la vida cotidiana. A lo largo de este libro estaremos sugiriendo y aprendiendo hábitos santos que nos ayudarán a mantener nuestro enfoque diario en Él. Lo que nuestro gran Dios hace en nuestros corazones cuando escogemos conocerlo, es lo que santifica estos hábitos.

Los hábitos implican progreso

Si caminamos en la presencia de Dios cada día, Él nos cambiará desde adentro hacia fuera. Mientras nos enfocamos en Él, nos volvemos más como Él, pero no por nuestro esfuerzo. No puedo decirte cómo ocurre esto, sólo que es así. Mientras con-

fiamos en el carácter del Altísimo y le permitimos que haga en nosotros lo que quiera, Él no nos decepcionará.

Una amiga me contó que durante años se había esforzado por tener una buena relación con su madre. Durante algunas semanas antes de ir a visitarla, ella oró a Dios para que la ayudara a honrarla y para que pudiera hablarle en un tono amable. Se veía a sí misma respondiéndole a su madre con amabilidad, en lugar de hacerlo con agresividad.

“Gasté una enorme cantidad de esfuerzo tratando de comportarme bondadosamente con mi madre”, me dijo. “Pero sin importar cuánto había orado o en qué medida había decidido ser agradable, terminé respondiéndole igual que cuando era una niña en la casa. Finalmente desistí y concentré mi atención en perdonarla. Pero esto también era imposible en mis propias fuerzas”.

Después dijo: “Mi perspectiva de Dios cambió cuando empecé a conocerlo mejor”. Al mismo tiempo, mis respuestas a mi madre empezaron a cambiar. Dios había empezado a obrar en mi corazón. Me di cuenta de que la había perdonado, y además, estaba disfrutando de ella. Lo que me pareció más extraordinario fue, que me **había esforzado muchísimo** para poderla tratar de la manera adecuada, y nada había logrado. Pero cuando me enfoqué en Dios, Él me cambió y en el proceso restauró mi relación con ella”. ¡Cuán grande es nuestro Dios! Lo único que podemos hacer es concentrarnos en Él, y cuando lo logramos, Él nos cambia de adentro hacia fuera; nos hace santas.

¿Por dónde debemos comenzar?

Cuando emprendí mi jornada hacia el conocimiento de Dios, la tarea parecía tan intrépida que decidí dedicar un año a estudiar cada aspecto del carácter de Dios, revelado a través de sus nombres. En este libro te compartiré algo de lo que aprendí en dicho estudio. Pero por supuesto, ¡Él es mucho más que eso! Sin embargo, recuerda que deberás hacer tu propio recorrido hacia el conocimiento de Dios, y que no es posible reemplazarlo por lo que yo u otros te digamos acerca de Él —inecesitas conocerlo por ti misma! Al final de cada capítulo encontrarás algunas preguntas que te ayudarán al respecto, y también orientaciones para saber qué clase de hábitos santos te ayudarán a tener una comunión más profunda con Dios.

¿Quisieras acompañarme a realizar este recorrido para encontrar el propósito de tu vida, e iniciarte en el conocimiento de Dios?

Oración

*Querido Dios, ayúdanos,
a tener una conciencia sensible a ti,
para que podamos caminar en santidad delante de ti.
Te lo pedimos para tu gloria.
AMÉN.*

ESTUDIO Y PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

1. Lee el Salmo 90. En algunas traducciones lo titulan “Una Oración de Moisés el Hombre de Dios”. Es un título apropiado para nuestro tema. Mientras lees, busca y anota las referencias al carácter de Dios.
2. Anota todas las referencias que encuentres en el Salmo 90 sobre la brevedad de la vida. ¿Cómo te ayudarán estos versículos a entender la importancia de vivir con propósito?
3. ¿Cuáles son las oraciones y peticiones de Moisés a Dios en el Salmo 90:12-17? Haz una lista de ellas.
4. Usando las peticiones de Moisés en el Salmo 90:12-17 como guía, escribe una oración para Dios con tus propias peticiones.
5. Describe cómo Él podría contestar la oración: *Confirma en nosotros la obra de nuestras manos* (Salmo 90:17), en tu propia vida.
6. Lee el Salmo 92:12-15, en el cual el salmista describe la meta que tiene para el fin de su vida. Mirando la lista de la pregunta tres, ¿cómo revelan las peticiones de Moisés las metas que tiene para el fin de su vida?



24 Hábitos Santos

7. Lee 2 Corintios 2:14-15. El que pasa tiempo conociendo a Dios será impregnado con la fragancia de Cristo. ¿Qué significa esto en tu vida? Haz una lista de cómo podrías ser tu la fragancia de Cristo en tu entorno.
8. El Salmo 46:10 habla de conocer a Dios. ¿Qué dice que podemos hacer para lograrlo? ¿Qué podrías hacer para que el conocer a Dios sea una realidad en tu vida? ¿Qué dice el versículo sobre lo que Él será? ¿Cómo puedes hacer realidad esto en tu corazón?
9. Jeremías 9:23-24 también habla de conocer a Dios. ¿De qué debe jactarse el creyente? ¿Cuáles aspectos del carácter de Dios se mencionan en el versículo 24? ¿Cómo ves estos aspectos en la práctica actual?
10. Algunas metas para mi propia vida son, conocer a Dios y ser una mujer de adoración, oración, sabiduría, paz y contentamiento. Estudia una de estas metas buscando en una concordancia cinco o más versículos que hablen de esa meta en particular. Escoge un versículo que constituya un reto en tu vida y escríbelo.

